

ANTHONY GIDDENS

**CONSECUENCIAS  
DE LA MODERNIDAD**

Versión de:

Ana Lizón Ramón

**Alianza Editorial**

Título original: *The Consequences of Modernity*  
Esta obra ha sido publicada por primera vez en el Reino Unido  
por Polity Press en colaboración con Bail Blackwell, 1990

Primera edición en «Alianza Universidad»: 1993

Primera edición en «Ensayo»: 1999

Sexta reimpresión: 2015

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1990 by the Board of Trustees of the Leland Stanford Junior University  
Originating publisher: Stanford University Press, Stanford, CA

© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1993, 1994, 1997, 1999, 2001,  
2002, 2004, 2008, 2011, 2015

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-206-2928-5

Depósito Legal: M. 49.835-2010

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

# INDICE

Prefacio .....	13
----------------	----

## SECCION I

Introducción.....	15
Las discontinuidades de la modernidad .....	17
Seguridad y peligro, fiabilidad y riesgo .....	20
Sociología y modernidad.....	23
Modernidad, tiempo y espacio.....	28
Desanclaje .....	32
Fiabilidad .....	39
La índole reflexiva de la modernidad.....	44
¿Modernidad o postmodernidad?.....	52
Resumen.....	58

## SECCION II

Dimensiones institucionales de la modernidad.....	60
La mundialización de la modernidad .....	67

Dos enfoques teóricos.....	69
Las dimensiones de la globalización .....	72

### SECCION III

Fiabilidad y modernidad .....	81
Fiabilidad de los sistemas abstractos .....	84
Fiabilidad y competencia .....	88
Fiabilidad y seguridad ontológica .....	91
Lo premoderno y lo moderno .....	98

### SECCION IV

Los sistemas abstractos y la transformación de la intimidad ...	109
Fiabilidad y relaciones personales .....	111
Fiabilidad e identidad personal .....	115
Riesgo y peligro en el mundo moderno .....	119
Riesgo y seguridad ontológica .....	125
Reacciones adaptativas .....	128
Una fenomenología de la modernidad .....	131
Descualificación y recualificación en la vida cotidiana.....	136
Objeciones a la postmodernidad .....	140

### SECCION V

Cabalgando en el <i>juggernaut</i> .....	142
Realismo utópico .....	145
Orientaciones futuras: el papel de los movimientos sociales ...	148
Postmodernidad .....	152

### SECCION VI

¿Es la modernidad un proyecto occidental? .....	162
Observaciones finales .....	164

## FIGURAS Y CUADROS

### Figuras

1. Dimensiones institucionales de la modernidad .....	64
2. Dimensiones de la globalización.....	73
3. Dimensiones del realismo utópico .....	147
4. Tipos de movimientos sociales .....	149
5. Los contornos de un orden postmoderno .....	153
6. Dimensiones de un sistema postescasez.....	155
7. Riesgos de graves consecuencias en la modernidad .....	160

### Cuadros

1. Entornos de fiabilidad y riesgo en las culturas premodernas y modernas.....	100
2. Comparación de las concepciones de la «postmodernidad» y la «modernidad radicalizada» .....	141



¿Qué pasaría si este presente fuera la última noche del mundo?

John Donne, *Devotions upon Emergent Occasions*.

El tiempo imaginario es indistinguible de las direcciones espaciales. Si uno puede ir hacia el norte, también puede dar la vuelta y dirigirse hacia el sur; de la misma forma, si uno puede ir hacia adelante en el tiempo imaginario, debería poder también dar la vuelta e ir hacia atrás. Esto significa que no puede haber ninguna diferencia importante entre las direcciones hacia adelante y hacia atrás del tiempo imaginario. Por el contrario, en el tiempo «real», hay una diferencia muy grande entre las direcciones hacia adelante y hacia atrás, como todos sabemos. ¿De dónde proviene esta diferencia entre el pasado y el futuro? ¿Por qué recordamos el pasado pero no el futuro?

Stephen W. Hawking, *Historia del tiempo* \*.

En marzo de 1986, la edición inglesa de la *Soviet Life*, publicó un artículo de nueve páginas sobre la planta nuclear de Chernobyl, bajo el título de «*Seguridad absoluta*». Sólo un mes más tarde, durante el fin de semana del 26 y 27 de abril, se produjo en la planta el peor accidente nuclear que se ha sufrido —hasta ahora— en el mundo.

James Bellini, *High Tech Holocaust*.

Cuando descubrimos que existen varias culturas en vez de una sola, y consecuentemente, cuando nos damos cuenta de que hemos llegado al final de una especie de monopolio cultural, bien sea ilusorio o real, nos sentimos amenazados por nuestro propio descubrimiento. Repentinamente, se hace posible la existencia de *otros* y que nosotros mismos somos un «otro» entre los otros. Cuando desaparece todo significado y meta, se hace posible vagar a través de las civilizaciones como si fueran vestigios o ruinas. La humanidad entera se convierte en un museo imaginario: ¿Dónde iremos el próximo fin de semana, visitaremos las ruinas de Angkor o daremos un paseo por el Tívoli de Copenhage?

Paul Ricoeur, «Civilizaciones y culturas nacionales» en su *Historia y Verdad*.

---

\* *Historia del tiempo*, Madrid, Alianza Editorial, 1992, traductor Miguel Ortuño.



## PREFACIO

Este libro es verdaderamente un ensayo. He preferido dividirlo en secciones en vez de capítulos, para poder desarrollar el hilo de los argumentos de manera ininterrumpida. Las ideas que quedan reflejadas aquí están directamente vinculadas a mis trabajos anteriores y con frecuencia hago referencia a ellos. Confío en que el lector comprenderá que las frecuentes citas a mí mismo carecen de intención pretenciosa, y que han sido utilizadas a modo de respaldo para las pretensiones de validez que no pueden ser defendidas en todo su alcance en un trabajo tan breve como este. El libro se gestó al amparo de las *Raymond Fred West Memorial Lectures* que pronuncié en la Universidad de Stanford, California, en abril de 1988. Toda mi gratitud para mis anfitriones en aquella ocasión, cuyo recibimiento y hospitalidad fue espléndido. En particular debo a Grant Barnes, de la *Stanford University Press*, el que se me cursara la invitación para dar esas conferencias y por tanto sin él, este trabajo no hubiera llegado a existir.



## SECCION I

### Introducción

En las siguientes páginas desarrollaré un análisis institucional de la modernidad poniendo el énfasis en las alusiones culturales y epistemológicas. Al hacer esto, discrepo substancialmente de la mayoría de las actuales discusiones, en las que el énfasis se pone en lo contrario. ¿Qué es la modernidad? Como primera aproximación, digamos que la noción de «modernidad» se refiere a los modos de vida u organización social que surgieron en Europa desde alrededor del siglo XVII en adelante y cuya influencia, posteriormente, los han convertido en más o menos mundiales. Esto asocia la modernidad a un período de tiempo y a una inicial localización geográfica pero, por el momento, deja a resguardo en una caja negra sus características más importantes.

Hoy, a finales del siglo XX, muchos mantienen que nos encontramos frente al comienzo de una nueva era a la que han de responder las ciencias sociales, y que trasciende a la misma modernidad. Se ha sugerido una curiosa variedad de términos para referirse a esa transición, algunos de los cuales hacen directa referencia al surgimiento de un nuevo tipo de sistema social (como «la sociedad de la

información» o «la sociedad de consumo»); no obstante, la mayoría de esos términos sugieren más bien que el anterior estado de las cosas está llegando a su fin («postmodernidad», «postcapitalismo»; la sociedad postindustrial, y así sucesivamente). Algunos de los debates relacionados con estas cuestiones se concentran principalmente sobre las transformaciones institucionales, especialmente aquellos que plantean que nos movemos de un sistema fundamentado en la fabricación de bienes de consumo a otro cuya preocupación central descansa en la información. No obstante, es más corriente que esas controversias se centren primordialmente en cuestiones filosóficas y epistemológicas. Esa es la perspectiva característica de, por ejemplo, el autor que ha sido el principal responsable de la popularización de la noción de postmodernidad, Jean-François Lyotard<sup>1</sup>. Según su planteamiento, la postmodernidad hace referencia tanto al desplazamiento del intento de fundamentar la epistemología, como al desplazamiento de la fe en el progreso humanamente concebido. La condición de postmodernidad se distingue por una especie de desvanecimiento de «la gran narrativa» —la «línea de relato» englobadora mediante la cual se nos coloca en la historia cual seres que poseen un pasado determinado y un futuro predecible. La visión postmoderna contempla una pluralidad de heterogéneas pretensiones al conocimiento, entre las cuales la ciencia no posee un lugar privilegiado.

La respuesta estándar al tipo de ideas presentadas por Lyotard, es la de procurar demostrar que es posible una epistemología coherente, y que se puede lograr un conocimiento generalizable de la vida social y los modelos de desarrollo social<sup>2</sup>. Yo, sin embargo, me propongo tomar un camino diferente. Sostendré que la desorientación, que se expresa a sí misma en la opinión de que no es posible obtener un conocimiento sistemático de la organización social, resulta en primer lugar de la sensación que muchos de nosotros tenemos de haber sido atrapados en un universo de acontecimientos que no logramos entender del todo y que en gran medida parecen escapar a nuestro control. Para analizar cómo hemos llegado a esto, no basta con inventar términos como postmodernidad y el resto, sino

---

<sup>1</sup> Jean-François Lyotard, *The Post Modern Condition* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1985).

<sup>2</sup> Jürgen Habermas, *The Philosophical Discourse of Modernity* (Cambridge, Inglaterra: Polity, 1987).

que debemos posar una nueva mirada sobre la naturaleza de la propia modernidad, que, por ciertas razones muy concretas, ha sido hasta ahora precariamente comprendida por las ciencias sociales. En vez de estar entrando en un período de postmodernidad, nos estamos trasladando a uno en que las consecuencias de la modernidad se están radicalizando y universalizando como nunca. Afirmaré que más allá de la modernidad, podemos percibir los contornos de un orden nuevo y diferente que es «postmoderno»; pero esto es muy distinto de lo que en este momento algunos han dado en llamar «postmodernidad».

La idea que aquí desarrollaré tiene su punto de origen en lo que ya en otro lugar he llamado una interpretación «discontinuísta» del desarrollo social moderno<sup>3</sup>. Con esto quiero decir que las instituciones sociales modernas son, en algunos aspectos, únicas —distintas en su forma a todos los tipos de orden tradicional. Como discutiré más adelante, captar la naturaleza de las discontinuidades aquí involucradas, es un preliminar necesario para analizar lo que verdaderamente es la modernidad, y también para diagnosticar cuáles son sus consecuencias para nosotros en la actualidad.

Mi planteamiento exige también una breve discusión crítica de algunas de las tendencias predominantes en sociología, al ser ésta la disciplina más comprometida en el estudio de la vida social moderna. Dada su orientación cultural y epistemológica, en la mayoría de los casos, los debates sobre modernidad y postmodernidad no han llegado a confrontar los defectos de las posiciones sociológicas establecidas. Pero, una interpretación cuya principal preocupación es el análisis institucional, como es mi caso, debe hacerlo.

Utilizando estas observaciones como trampolín, intentaré ofrecer en este estudio una nueva caracterización, tanto de la naturaleza del orden moderno como del postmoderno que podría surgir de aquí al final de esta era.

## Las discontinuidades de la modernidad

La noción de que la historia de la humanidad está marcada por «ciertas» discontinuidades y carece de un desarrollo sin escollos, es

---

<sup>3</sup> Anthony Giddens, *The Nation State and Violence* (Cambridge, Inglaterra: Polity, 1985).

por supuesto conocida y ha sido acentuada en la mayoría de las versiones marxistas. No obstante, la utilización del término que me propongo hacer aquí no tiene particular conexión con el materialismo histórico como tampoco va dirigida a la consideración de la historia como un todo. Indudablemente existen discontinuidades en varias etapas del desarrollo histórico, por citar un ejemplo, en los momentos de transición entre las sociedades tribales y la aparición de los estados agrícolas. Esto no me preocupa. Desearía, en cambio, acentuar esa particular discontinuidad o conjunto de discontinuidades, asociadas al período moderno.

Las formas de vida introducidas por la modernidad arrasaron de manera sin precedentes *todas* las modalidades tradicionales del orden social. Tanto en extensión como en intensidad, las transformaciones que ha acarreado la modernidad son más profundas que la mayoría de los tipos de cambio característicos de períodos anteriores. Extensivamente han servido para establecer formas de interconexión social que abarcan el globo terráqueo; intensivamente, han alterado algunas de las más íntimas y privadas características de nuestra cotidianidad.

Evidentemente existen continuidades entre lo tradicional y lo moderno, puesto que ninguna parte de cero, pero no debemos olvidar cuán engañoso puede ser contrastarlas burdamente. No obstante, los cambios acaecidos durante los últimos tres o cuatro siglos —un diminuto período en términos de tiempo histórico— han supuesto un impacto tan espectacular y de tal envergadura que hace que nuestro conocimiento sobre anteriores períodos de transición nos sea de limitada ayuda en el intento de interpretarlos significativamente.

Una de las causas por las que el carácter discontinuista de la modernidad no ha sido enteramente comprendido se debe a la antigua influencia del evolucionismo social. Incluso aquellas teorías que subrayan la importancia de las transiciones discontinuistas, como es el caso de la de Marx, presentan la historia de la humanidad dotada de una dirección de conjunto gobernada por principios de dinámica general. Las teorías evolucionistas representan «grandes relatos», aunque no necesariamente de inspiración teleológica. Según el evolucionismo, la «historia» puede ser narrada como una «línea de relato» que impone una representación ordenada sobre el embrollo de los acontecimientos humanos. La historia comienza con pequeñas y aisladas culturas de caza y recolección, marcha a través del desarrollo de comunidades de pastoreo y de cultivo y de ahí a la formación de

los estados agrícolas, para culminar en el surgimiento de las sociedades occidentales modernas.

Sustituir la narrativa evolucionista o deconstruir su línea de relato, no sólo ayuda a clarificar el cometido de analizar la modernidad sino que reconduce parte del debate sobre la llamada postmodernidad. La historia carece de la condición global que le ha sido atribuida por las concepciones evolucionistas —y el evolucionismo en una u otra versión ha tenido mucha más importancia en el pensamiento social del que han podido tener las filosofías teleológicas de la historia a las que Lyotard y otros toman como diana de sus ataques. La deconstrucción del evolucionismo social significa asumir que la historia no puede verse como unidad o reflejo de ciertos principios unificadores de organización y transformación. Esto no quiere decir que todo sea caos o que no se escriba un número infinito de «historias» idiosincrásicas. Por ejemplo, existen determinados casos de transición histórica cuyo carácter puede ser identificado y sobre los que es posible generalizar <sup>4</sup>.

¿Cómo podríamos reconocer las discontinuidades que distinguen a las instituciones sociales modernas de los órdenes sociales tradicionales? Aquí entran en juego varias características. Una es el simple *ritmo de cambio* que la era de la modernidad pone en movimiento. Las civilizaciones tradicionales pueden haber sido más dinámicas que otros sistemas pre-modernos, pero la celeridad del cambio de las condiciones de la modernidad es excepcional. Quizás resulta más evidente en lo que respecta a la tecnología, pero puede extenderse igualmente a otras esferas. La segunda discontinuidad es la del *ámbito del cambio*. La interconexión que ha supuesto la supresión de barreras de comunicación entre las diferentes regiones del mundo, ha permitido que las agitaciones de transformación social estallen prácticamente en la totalidad de la superficie terrestre. La tercera característica atañe a la *naturaleza intrínseca de las instituciones modernas*. Algunas formas sociales modernas, tales como el sistema político del Estado-nación o la dependencia generalizada de la producción a partir de fuentes inanimadas de energía y la completa mercantilización de los productos y del trabajo asalariado, simplemente no se dan en anteriores períodos históricos. Otras sólo poseen una aparente continuidad con los órdenes sociales anteriores. Un

---

<sup>4</sup> Anthony Giddens, *The Constitution of Society* (Cambridge, Inglaterra: Polity, 1984), Cap. 5

ejemplo es la ciudad. Los asentamientos urbanos modernos frecuentemente incorporan los emplazamientos de las ciudades tradicionales y pueden llegar a dar la impresión de ser meras extensiones de las mismas, pero de hecho el urbanismo moderno se ordena de acuerdo con principios muy diferentes a los que distinguieron a la ciudad premoderna del campo en períodos anteriores <sup>5</sup>.

### Seguridad y peligro, fiabilidad y riesgo

Para seguir profundizando en el carácter de la modernidad, he de concentrar gran parte de la discusión sobre los temas de la *seguridad frente al peligro* y la *fiabilidad frente al riesgo*. La modernidad, como puede ver cualquiera que viva en los últimos años del siglo XX es un fenómeno de doble filo. El desarrollo de las instituciones sociales modernas y su expansión mundial han creado oportunidades enormemente mayores para que los seres humanos disfruten de una existencia más segura y recompensada que cualquier tipo de sistema premoderno. Pero la modernidad tiene también un lado sombrío que se ha puesto de manifiesto en el presente siglo.

En general, el «coste de oportunidad» de la modernidad, fue fuertemente subrayado por los fundadores clásicos de la sociología. Tanto Marx como Durkheim, vieron la era moderna como una era agitada. Pero ambos pensaron que las beneficiosas posibilidades abiertas por la era moderna pesarían más que sus características negativas. Marx vio la lucha de clases como la fuente de los cismas fundamentales en el orden capitalista, al tiempo que vislumbraba el surgimiento de un sistema social más humano. Durkheim creyó que la progresiva expansión del industrialismo establecería una armoniosa y satisfactoria vida social formada a través de la combinación de la división del trabajo y el individualismo moral. Max Weber, el más pesimista de los tres padres fundadores, vio el mundo moderno como una paradoja en la que el progreso material sólo se obtenía a costa de la expansión de la burocracia que sistemáticamente aplastaba la creatividad y la autonomía individual. Pero ni siquiera él llegó a prever cuán extenso llegaría a resultar el lado oscuro de la modernidad.

---

<sup>5</sup> Anthony Giddens, *A Contemporary Critique of Historical Materialism* (Londres: Macmillan, 1981).

Por poner un ejemplo, los tres autores vieron que el trabajo industrial moderno tenía consecuencias degradantes al someter a muchos seres humanos a la disciplina de una tarea monótona repetitiva. Pero no llegaron a prever que el fomento de las «fuerzas productivas» tendría un enorme potencial de destrucción en relación al medio ambiente. Las preocupaciones ecológicas no fluyen con vigor en las tradiciones del pensamiento incorporado a la sociología y no es sorprendente que, en la actualidad, los sociólogos encuentren difícil desarrollar una estimación sistemática de ellas.

Un segundo ejemplo es el uso consolidado del poder político, particularmente puesto de relieve por los episodios de totalitarismo. A los fundadores de la sociología les parecía que el uso arbitrario del poder político pertenecía esencialmente al pasado (aunque a veces, con ecos en el presente, como indicaba el análisis de Marx del régimen de Luis Napoleón). El «despotismo» parecía ser una característica propia de los estados premodernos, pero en los albores del ascenso del fascismo, el Holocausto, el Estalinismo y otros episodios de la historia del siglo veinte, podemos comprobar que las posibilidades totalitarias están contenidas dentro de los parámetros institucionales de la modernidad, más bien que excluidas de ellos. El totalitarismo es diferente del despotismo tradicional; no obstante, el resultado es igualmente espantoso. El régimen totalitario conecta al poder político con el militar y el ideológico, de forma más concentrada que la que era posible antes del surgimiento de los estados nacionales modernos<sup>6</sup>.

El desarrollo del poder militar como fenómeno general, añade una nueva cuestión. Weber y Durkheim vivieron lo suficiente como para atestiguar los horribles acontecimientos de la primera Guerra Mundial, si bien Durkheim murió antes de concluir la contienda. El conflicto hizo añicos la esperanza que había mantenido con anterioridad al mismo, de que el industrialismo promovería de manera natural, un orden industrial, integrado y pacífico al tiempo que hizo imposible encajar dicha esperanza en el marco intelectual que había desarrollado como base de su sociología. Weber prestó más atención que Marx y Durkheim al papel desempeñado por el poder militar en la historia; sin embargo, no llegó a elaborar un análisis de lo militar en los tiempos modernos, desplazando el peso de su análisis

---

<sup>6</sup> Giddens, *Nation State and Violence*.

hacia la racionalización y burocratización. Ninguno de los fundadores clásicos de la sociología prestó atención sistemática al fenómeno de la «industrialización de la guerra»<sup>7</sup>.

Los pensadores sociales que escribieron a finales del siglo diecinueve o comienzos del veinte, no pudieron prever el invento del armamento nuclear\*. Sin embargo, la conexión entre la innovación y organización industrial con el poder militar, es un proceso que se remonta a los mismos orígenes de la industrialización moderna. Que quedara tan ostensiblemente fuera del análisis sociológico, es en sí mismo una indicación de la fuerza del punto de vista de que el emergente nuevo orden de la modernidad sería esencialmente pacífico, en contraste con el militarismo que había caracterizado edades precedentes. No sólo la amenaza de una confrontación nuclear, sino el conflicto militar real, configura una parte básica de «el lado oscuro» de la modernidad en este siglo. El siglo veinte es el siglo de la guerra, en el que el número de graves contiendas militares que han ocasionado una substancial pérdida de vidas humanas, ha sido notablemente mayor que en cualquiera de los dos siglos precedentes. En lo que va de siglo, más de cien millones de personas han perdido la vida en guerras, una proporción de población mundial más alta que la registrada en el siglo XIX, incluso teniendo en cuenta el incremento total de población<sup>8</sup>. Si se produjera una contienda nuclear limitada, la pérdida de vidas sería asombrosa, y un conflicto total entre las superpotencias podría erradicar de golpe a la humanidad entera.

El mundo en que vivimos es espantoso y peligroso. Esto nos ha obligado a algo más que suavizar o matizar la suposición de que el surgimiento de la modernidad nos conduciría a la formación de un

---

<sup>7</sup> William McNeill, *The Pursuit of Power* (Oxford: Blackwell, 1983).

\* No obstante, H. G. Wells lo predijo, escribiendo en 1914, en vísperas del estallido de la Gran Guerra, influenciado por el físico Frederick Soddy, uno de los colaboradores de Ernest Rutherford. El libro de Wells, *The World Set Free*, relata la historia de una guerra que estalla en Europa en 1958 y que se extiende por todo el mundo. En esa guerra se utiliza un arma terrible hecha de una sustancia radiactiva llamada corolinum. Cientos de esas bombas, que Wells denomina «bombas atómicas», son arrojadas en ciudades del mundo causando una terrible devastación. A esto sigue un período de hambre masiva y caos político tras el cual se establece una nueva república mundial en la que la guerra queda prohibida para siempre.

<sup>8</sup> Véanse las estadísticas que proporciona Ruth Leger Sivard, *World Military and Social Expenditures* (Washington, D.C.: World Priorities, 1983).

mundo más feliz y más seguro. La pérdida de fe en el «progreso» es, desde luego, uno de los factores que subraya la disolución de la gran narrativa de la historia, pero en ello hay mucho más en juego que la simple conclusión de que «la historia no conduce a ninguna parte». Tenemos que desarrollar un análisis institucional del carácter bifronte de la modernidad y, al hacerlo, debemos rectificar alguna de las limitaciones de las perspectivas teóricas de la sociología clásica, limitaciones que continúan afectando al pensamiento sociológico hasta hoy.

## Sociología y modernidad

La sociología es una disciplina muy amplia y diversa, y cualquier simple generalización sobre la misma como un todo es cuestionable. Pero podemos apuntar tres ideas ampliamente sostenidas, en parte derivadas del persistente impacto de la teoría social clásica en la sociología y que impiden el análisis satisfactorio de las instituciones modernas. La primera de ellas concierne al diagnóstico institucional de la modernidad. La segunda tiene que ver con el objeto primordial del propio análisis sociológico, «la sociedad»; la tercera se relaciona con las conexiones que existen entre el conocimiento sociológico y las características de la modernidad a las que dicho conocimiento se refiere.

I. Las más destacadas tradiciones teóricas en sociología, incluso aquellas que emanan de los escritos de Marx, Durkheim y Weber, han mostrado una cierta tendencia a interpretar la naturaleza de la modernidad fijándose en una única y predominante dinámica de transformación. Para aquellos pensadores influenciados por Marx, la principal fuerza transformadora que configura el mundo moderno es el capitalismo. Con el declive del feudalismo, la producción agraria que tenía su base en el señorío local fue reemplazada por la producción dirigida a mercados, tanto de ámbito nacional como internacional, con lo que se transformó en mercancía no sólo una indefinida variedad de bienes de consumo sino también la misma mano de obra. El orden social que emerge de la modernidad es *capitalista*, tanto en su sistema económico como en lo que respecta a sus otras instituciones. El agitado y cambiante carácter de la modernidad puede explicarse como resultado del ciclo inversión-beneficio-inversión, que, combinado con la tendencia decreciente de la

tasa de ganancia, provoca la constante disposición expansionista del sistema.

Esta perspectiva fue criticada tanto por Durkheim como por Weber con quienes se inician las interpretaciones rivales que subsecuentemente han influido tan poderosamente en el análisis sociológico. Continuando la tradición establecida por Saint-Simon, Durkheim vinculó el origen de las instituciones modernas al impacto producido por la industrialización. Según él, la competencia capitalista no es el elemento crucial del emergente orden industrial, y, algunas de las características sobre las que insistía Marx, Durkheim simplemente las consideraba marginales y transitorias. El carácter rápidamente cambiante de la vida social moderna, no deriva esencialmente del capitalismo sino del impulso propulsor de la compleja división del trabajo que engarza la producción a las necesidades humanas a través de la explotación industrial de la naturaleza. No vivimos en un orden capitalista, sino en uno industrial.

Weber habló de «capitalismo» y no de la existencia de un orden industrial; no obstante, en algunos aspectos clave su enfoque está más cerca del de Durkheim que del de Marx. El «capitalismo racional», tal como es caracterizado por Weber, comprende los mecanismos económicos especificados por Marx, incluso la cosificación de la fuerza del trabajo, pero «capitalismo» en esta acepción, simplemente es algo diferente de lo que significa el mismo vocablo tal como aparece en los escritos de Marx. La idea fundamental es «racionalización» en la manera en que se expresa en la tecnología, en la organización de actividades humanas y en la configuración de la burocracia.

¿Vivimos en un orden capitalista? ¿Es el industrialismo la fuerza dominante que conforma las instituciones de la modernidad? ¿Deberíamos quizás fijar la mirada en el control racionalizado de la información como la principal característica a resaltar? Argumentaré aquí que estas cuestiones no pueden ser contestadas si se plantean de esta manera, es decir, no debemos considerarlas como caracterizaciones mutuamente excluyentes. Lo que yo propongo es que la modernidad es *multidimensional en el plano de las instituciones* y que cada uno de los elementos especificados por estas distintas tradiciones desempeña algún papel.

II. El concepto de «sociedad» ocupa una posición clave en gran parte del discurso sociológico. «Sociedad», claro está, es una noción ambigua que igual puede referirse a la «asociación social» en forma

genérica, que a un determinado sistema de relaciones sociales. Sólo me ocupa aquí la segunda de esas acepciones que, ciertamente, figura, de forma básica, en cada uno de los enfoques dominantes en sociología. Mientras que los escritores marxistas en ocasiones, pueden preferir la denominación «formación social» en lugar de «sociedad», la connotación de «sistema delimitado» es afín a las dos.

En las perspectivas no-marxistas, particularmente aquellas conectadas al área de influencia de Durkheim, el concepto de sociedad va ligado a la misma definición de la sociología. La definición convencional de sociología con la que prácticamente comienza cada libro de texto, «la sociología es el estudio de las sociedades humanas» o «la sociología es el estudio de las sociedades modernas», proporciona una clara idea de este enfoque. Pocos, si es que alguno, de los escritores contemporáneos siguen a Durkheim al tratar la sociedad de una manera casi mística, como si fuera una especie de «súper-ente» ante el cual los miembros individuales de la misma muestran una actitud temerosa. Y sin embargo, la primacía de «sociedad» como noción central a la sociología, está ampliamente aceptada.

¿Por qué habríamos de tener reservas sobre la noción de sociedad tal como comúnmente se utiliza en el pensamiento sociológico? Existen dos razones para ello. Incluso aunque no lo digan explícitamente, esos autores que consideran a la sociología como la disciplina dedicada al estudio de «sociedades», en lo que realmente están pensando es en las sociedades asociadas a la modernidad y al conceptualizarlas, están pensando en unos sistemas perfectamente delimitados que poseen una unidad interna propia. Ahora bien, si se entiende de esta manera, «sociedades» quiere decir *estados nacionales*. Sin embargo, y aunque un sociólogo que hable sobre una particular sociedad podría casualmente emplear en su lugar los términos «nación» o «país», raramente se hace teoría expresamente de este concepto. Al explicar la naturaleza de las sociedades modernas debemos captar las características específicas del estado nacional, es decir, de un tipo de comunidad social que contrasta radicalmente con los estados premodernos.

Una segunda razón concierne a ciertas interpretaciones teóricas que se han conectado estrechamente a la noción de sociedad. Una de las más influyentes es la presentada por Talcott Parsons<sup>9</sup>. Según

---

<sup>9</sup> Talcott Parsons, *The Social System* (Glencoe, Ill.: Free Press, 1951).